

CUENTOS
DEL

14 A 12

PAJARITO REMENDADO



GRACIELA MONTES

LA FAMILIA DELASOGA



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

800.9282

MON

5710

EDICIONES COLIHUE

Montes, Graciela

La familia Delasoga : edición especial para el Ministerio de Educación de la Nación. - 1ª ed. - Buenos Aires : Colihue, 2013.

16 p. ; 20x14 cm. - (Cuentos del pajarito remendado)

ISBN 978-987-684-988-3

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A868

Colección **EL PAJARITO REMENDADO**

Dirigida por: **Laura Devetach / Gustavo Roldán**

● Historia de Pajarito Remendado ● Un gato como cualquiera ● El que silba sin boca ● Un pájaro de papel ● Un cuento ¡puajijí! ● El traje del emperador ● Pájaros de barro ● ¡Viva yo! ● Eulato ● El genio y el pescador ● Zorro y medio ● Muchas patas ● La vuelta de Mongorito Flores ● El adivino ● ¿Quién se sentó sobre mi dedo? ● Lo que le pasó a Martín ● Benteveo y Bente flor ● El ruiseñor ● La familia Delasoga ● Pedro Urdemales y el árbol de plata ● El zorro que cayó en la luna ● Día de visitas ● Cura mufas ● Ningún Bicho clava un clavo ● El Número Dos es el Número Uno ● El puente sobre el río ● El pececito que vino de la luna ● La canción de Rundudú ● Tutti fruti ● Gatos eran los de antes ● Cuento con ogro y princesa ● La mesa, el burro y el bastón ● El negro Tubuá y la Tomasa ● Pajaritas de papel ● Pelos y pulgas ● Burbujas ● El juego del gallo ciego ● El club de los perfectos ● El trompo de palo santo ● La gran pelea ● El gato de Dios ● ¡Hola, Manola! ● Cuento de fájáros y piores ● Niños, las brujas no existen ● Historia con alpargatas, pavadas y carcajadas ● Che, amigos ● La canción de las pulgas ● La discusión ● Esa mañana, a las diez ● El pájaro de vidrio ● El día más espantoso ● Casas y cosas ● La casa de Javier ● El sol es un techo altísimo ● Las orejas del conejo ● ¿Quién levanta esta piedra? ● El tren de los martes ● El zorro que se metió a cura ● La serpiente ● Un pez dorado ● El señor Medina ● El casamiento de la princesa ● Mi amor está verde ● Orden, silencio e higiene ● El águila y el zorro ● Un monstruo en la calle Olavarría ● Pinocho en el teatro de títeres ● La capa ● Alas para la paloma ● Un cuento con palabras ● El caracol mensajero ● Una noche en la selva ● Los músicos de Bremen ● Esqueleto final ● El cuento del pajarito ● La casa del árbol ● Muchobicho ● La Gorgoñeta en el pantano sarampionoso ● El mono y el yacaré

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente, ni registrada o transmitida sin permiso previo por escrito de la editorial

Solo se autoriza la reproducción de la tapa, contratapa y página de legales, completas, de la presente obra exclusivamente para fines promocionales o de registro bibliográfico.

LA FOTOCOPIA
MATA AL LIBRO
Y ES UN DELITO



1ª edición

Edición especial para el Ministerio de Educación de la Nación

Diseño de tapa: Raúl Fortín

ISBN 978-987-684-988-3

*Esta edición especial de 8000 ejemplares
para COLECCIONES DE AULA, NIVEL INICIAL,*

PROGRAMA INTEGRAL PARA LA IGUALDAD EDUCATIVA

se terminó de imprimir en Al Sur Producciones Gráficas S.R.L.,

W. Villafañe 468, Buenos Aires, Argentina, en marzo de 2013.

© Ediciones Colihue S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125 (C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

www.colihue.com.ar

ecolihue@colihue.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Inventario: 5110



Cuentos del



Graciela Montes

LA FAMILIA
DELASOGA

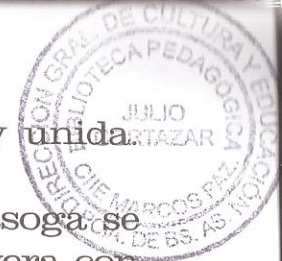


Ilustraciones

Marín

EDICIONES COLIHUE

Material de distribución gratuita.



La familia Delasoga era muy **unida**.
O, por lo menos, muy atada.

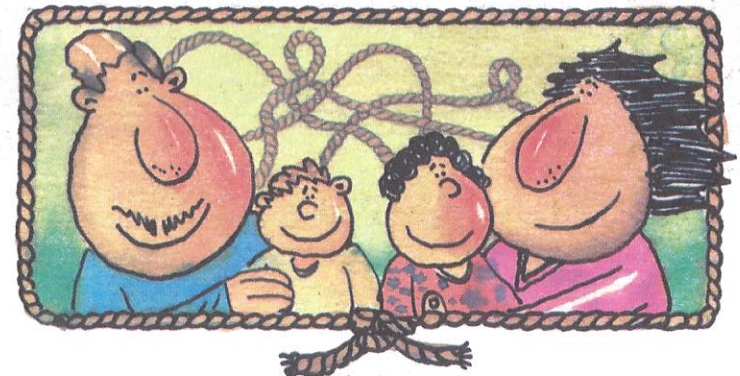
Juan Delasoga y María Delasoga se habían atado un día de primavera con una soguita blanca, larga, flexible, elástica y resistente. Y desde ese día no se habían vuelto a separar.

Lo mismo había pasado con Juancho y con Marita, los hijos de Juan y María. En cuanto nacieron, los ataron. Con toda suavidad, pero con nudos.

No es tan difícil de entender si uno lo piensa.

Marita, por ejemplo, estaba atada a su mamá, a su papá y a su hermano: en total, tres soguitas blancas anudadas a la cintura.

Y lo mismo pasaba con Juancho. Y con Juan. Y con María.



Claro que no era fácil acomodar tanta sogá; había peligro de galletas, de sacudidas, de tropezones. Pero con el tiempo se habían ido acostumbrando a moverse siempre con prudencia y a no alejarse nunca demasiado.

Por ejemplo, cuando se sentaban a la mesa era más o menos así:



Y cuando se acostaban a dormir.

Y cuando salían a pasear los domingos por la mañana.

Los Delasoga eran expertos en ataduras. La sogá con que se ataban no era una sogá así nomás, de morondanga; era una espléndida sogá, elástica y extensible.

Así que cuando Juancho y Marita iban a la escuela, que quedaba a la vuelta, María podía quedarse en su casa haciendo la comida, casi como si tal cosa, salvo que la cintura le molestaba un poco porque la soguita estaba tensa... y tiraba.

Lo mismo pasaba cuando Juan iba al taller que, por suerte, quedaba al lado. A la hora de la leche no era raro ver a María, a Marita y a Juancho mirando la televisión, mientras tres sogas los tironeaban un poco hacia la calle, porque el papá todavía no había vuelto.

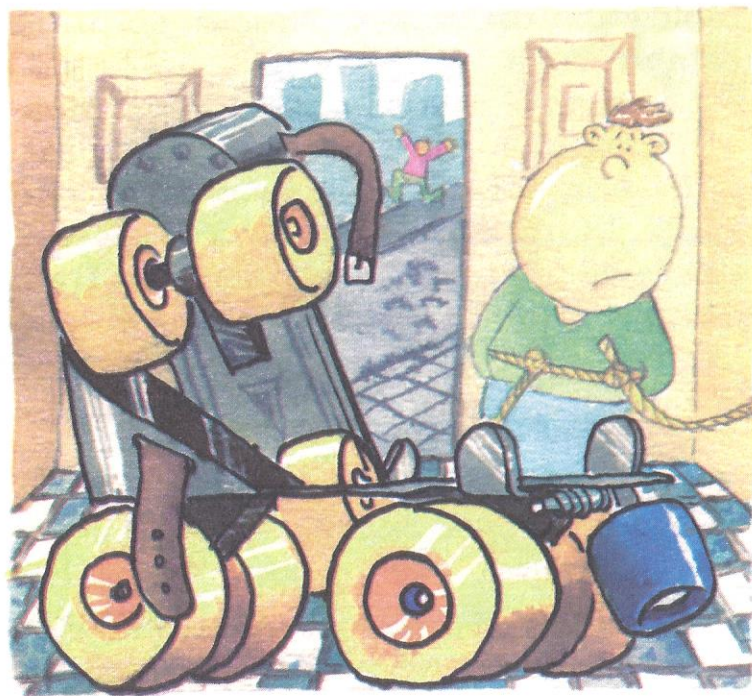
De un modo o de otro, los Delasoga se las arreglaban.

Aunque, claro, había cosas que no podían hacer. Por ejemplo: Juancho nunca había podido salir a dar una vuelta a la manzana con sus patines.

Y eso era bastante grave porque Juancho tenía un par de patines relucientes con rueditas amarillas.

Pero ¿qué sogá podía aguantar una vuelta a la manzana en dos patines?

A María le hubiese gustado ir a visitar a su amiga Encarnación, la de Barracas. Pero ¡qué esperanza! No se había inventado todavía una sogá tan resistente. Eso a María le daba un poco de pena porque era lindo charlar con Encarnación de tantas cosas.

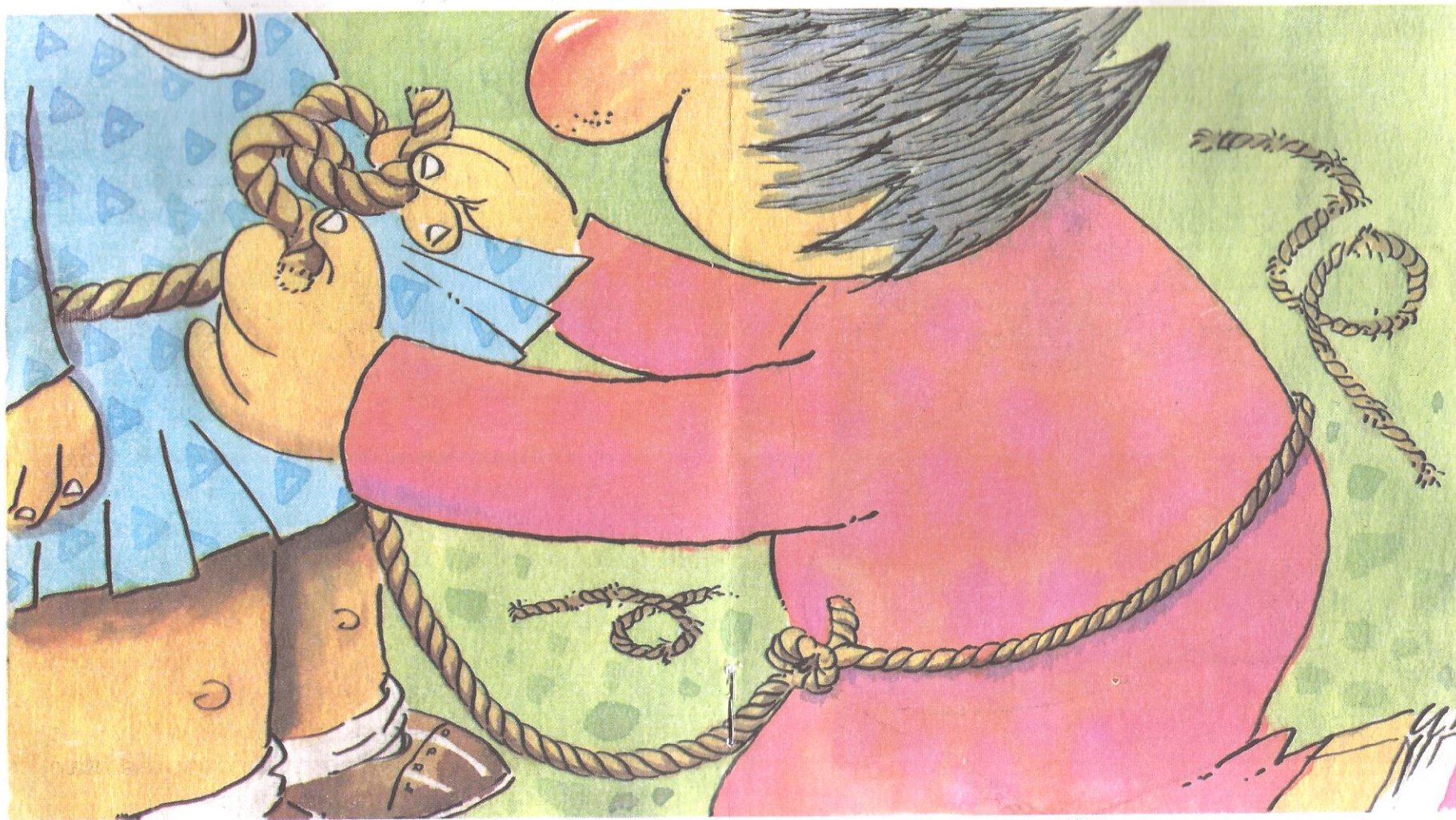


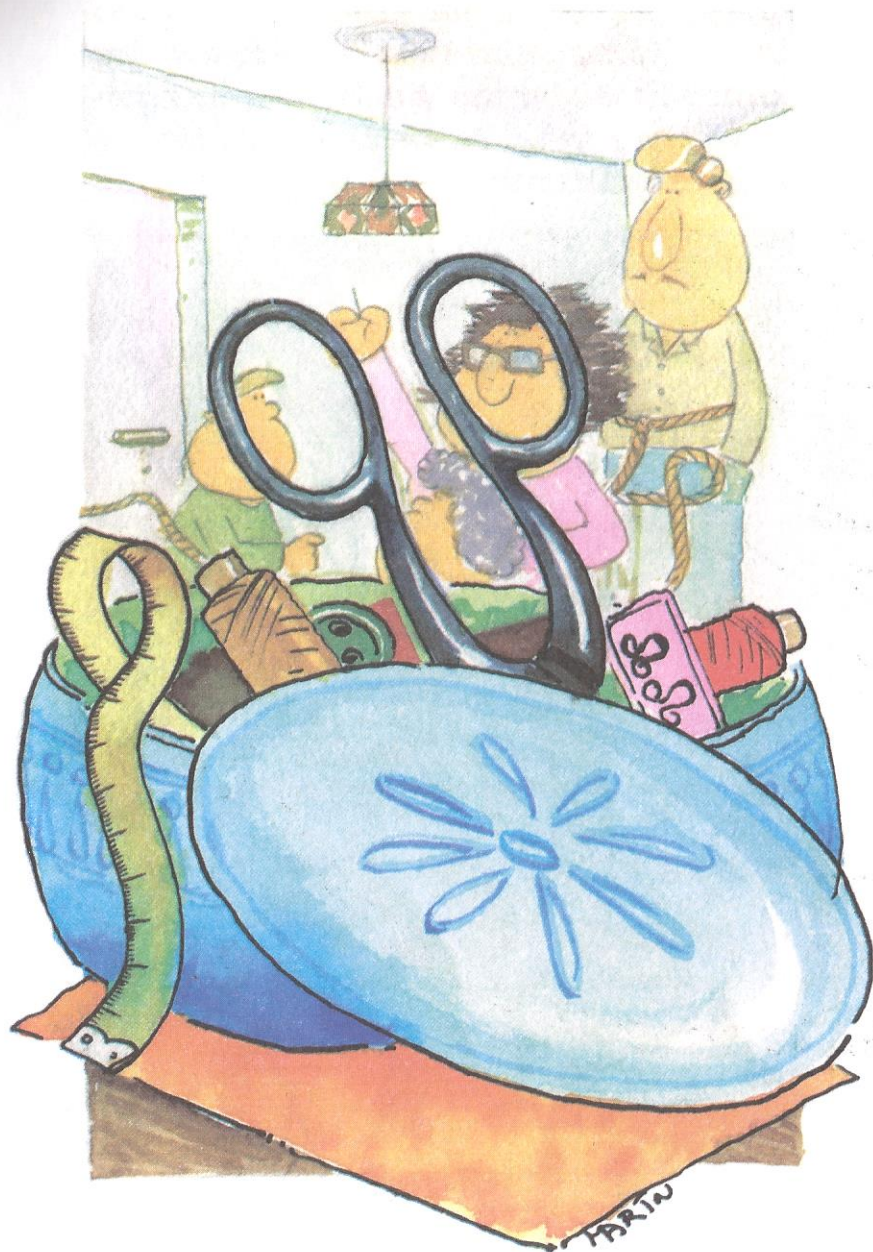
Y Juan también. A Juan le hubiera encantado ir a la cancha a cantar a lo loco un gol de Ferro. Pero no; no podía: la sogá no daba para tanto. Y eso a Juan, muy en secreto, le daba un poco de rabia.

Y Marita, para no ser menos, también tenía sus ganas: ganas de pasear solita hasta el quiosco. Sola, no, ahí estaban las sogas, las tres soguitas blancas, flexibles y resistentes.

Y así siempre. Por años. Cuando una sogá se ponía vieja, deshilachada y roñosa, la cambiaban por otra nueva, blanca y flamante.

Los Delasoga ya habían gastado más de quince rollos de sogá de la buena, y habrían gastado muchísimos rollos más de no haber sido por la tijera brillante.





Bueno, en realidad la tijera brillante siempre había estado allí, en el costurero, hundida entre botones y carretes. Pero nunca había brillado tanto como esa tarde. En una de esas porque era una tarde de sol brillante como una tijera.

Los Delasoga estaban, como siempre, atados.

María cosía un pantalón gris y aburrido.

Marita miraba cómo María cosía.

Juancho miraba cómo miraba Marita a María, que cosía.





Juan miraba a Juancho mirar a Marita, que miraba a María, que cosía.

Y la tijera brillaba.

Cada tanto María la agarraba y —tris tras— cortaba la tela.

Y, mientras cosía, miraba las soguitas enrolladas en montoncitos blancos sobre el piso.

En realidad María nunca había pensado mucho en las sogas. Ahora, de pronto, las miraba mejor, las miraba fijo, y se daba cuenta de que les tenía rabia.

Entonces sucedió, por fin, lo que tenía que suceder de una vez por todas. María agarró la tijera y —tris tras— no cortó el pantalón gris; cortó la soga. Una soga cualquiera, la que tenía más cerca. Y después otra soga. La tercera y la cuarta las cortó Juan. Y Marita y Juancho cortaron una cada uno.



Las soguitas cortadas se cayeron al piso y se quedaron quietas.

¡Pobrecitos Delasoga! No estaban acostumbrados a vivir desatados. Al principio se asustaron muchísimo y casi casi salen corriendo a comprar otro rollo.

Pero después Juan dijo en voz baja:

—Casi casi... me iría a la cancha de Ferro, que hoy juega con River.



Y María dijo en voz alta:

—Casi casi... me iría a visitar a Encarnación, la de Barracas.

Y Juancho corrió a buscar los patines de las ruedas amarillas.

Y Marita dijo chau y se fue al quiosco del andén a elegirse dos revistas.



Esta vez los cuatro Delasoga pasaron cuatro tardes, todas distintas.

Se volvieron a encontrar a la nochecita. Estaban cansados, porque no era fácil andar solos y para cualquier lado.

Juan y María se abrazaron muy fuerte y se contaron cosas.

Juancho contó, mientras se desataba los patines, que en el barrio tenía un amigo que no se llamaba Juan, sino Bartolo.

Marita contó que, junto al quiosco del andén, siempre había campanillas azules y geranios rojos.

De la sog a no hablaron más. ¿Para qué iba a hablar de sogas una gente tan unida?



Para la hora de jugar, en la casa o en la escuela:

Atarse (tres o cuatro chicas y chicos) por la cintura, con una sog a o un piolín o un elástico.

Cada uno pruebe hacer lo que tenga ganas: patinar, jugar a la rayuela, leer un libro, ir a la plaza, pasear en bicicleta.

Y cuenten qué tal les fue.

Pueden escribir sobre estas cosas (y las que quieran) a Graciela Montes, Colección del Pajarito Remendado, Ediciones Colihue, Díaz Vélez 5125 - 1405 Buenos Aires.

¡Miren que los esperamos!

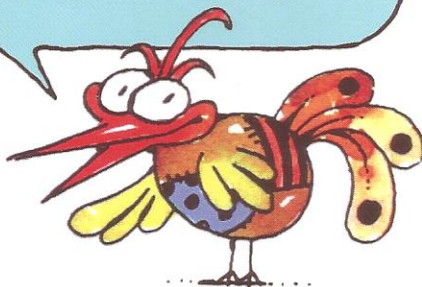
¡SÍRVANSE UN CUENTO!

ISBN 978-987-684-988-3



9 789876 849883

www.colihue.com.ar



O un montón de cuentos,
de aquí, de allá, y de todos lados.
Pajarito Remendado convida
a todos los chicos con
cuatro libros nuevos cada mes.



Cuentos de grandes autores
argentinos.



Cuentos tradicionales de
Latinoamérica.



Cuentos clásicos universales.



Papelitos con adivinanzas,
humor y poesía.

**Y a no olvidarse: todos los meses cuatro
nuevos huevitos del**

Pajarito Remendado.